

AGUSTÍN MILLARES CARLO: UN PRECURSOR DE LA CULTURA ESCRITA¹

Dra. D^a. Elisa Ruiz García
Profesor Catedrático de “Paleografía y Diplomática”
Universidad Complutense de Madrid

La figura de don Agustín Millares Carlo (1893-1980) se suele vincular al ámbito de la Paleografía a causa de su conocido y exitoso tratado dedicado a esa materia, ahora bien, tal visión del maestro es reductora por cuanto su actividad científica se desarrolló en diversos campos. Si se examina el extenso listado de sus publicaciones, se encuentran representadas las siguientes disciplinas y materias:

- Paleografía
- Diplomática
- Archivística
- Bibliografía
- Filología latina e hispánica
- Publicaciones sobre temas históricos
- Ediciones de obras de tema histórico
- Ediciones de obras de Bibliografía
- Traducciones al castellano
- Publicaciones sobre temas literarios
- Edición de obras literarias
- Ediciones de autores clásicos

¹ Este texto forma parte de los trabajos realizados en el marco del Proyecto de Investigación del Ministerio de Educación y Ciencia, ref. HUM2005-03495/HIST, del cual soy la Investigadora Principal.

- Manuales de gramática latina
- Creación poética personal, etc.

Esta relación se podría completar con sus artículos en la prensa diaria y sus contribuciones como conferenciante. En definitiva, a su persona hay que adjudicar varios centenares de títulos y una intensa actividad profesional².

Al margen de su vocación y méritos intelectuales, hay que tener en cuenta la herencia familiar recibida, factor determinante en la formación de cualquier individuo. Don Agustín pertenecía por nacimiento a una saga isleña vinculada a la alta burguesía por su poder económico e influencia política. Su abuelo paterno, Millares Torres, quien se ganaba la vida como notario en Las Palmas de Gran Canaria, fue un conocido historiador local, librepensador y anticlerical. El hijo de éste, Millares Cubas, siguió la tradición del progenitor en todos los campos: ejerció la misma profesión y descolló por su republicanismo, al tiempo que disfrutaba de una aventajada posición social. En consecuencia, la infancia de nuestro protagonista transcurrió, pues, en un ambiente intelectual progresista y acomodado. Realizó sus estudios primarios en colegios religiosos. Como era habitual en la época, al cumplir los diez años, hizo un examen de ingreso para acceder al Instituto. Afortunadamente, se conserva el ejercicio realizado el día 18 de junio de 1903 (Fig. 1). Si se analiza grafológicamente este documento, se aprecia una cuidada impaginación del texto y un dominio de la técnica escrituraria, cualidades que denotan gran madurez a pesar de la tierna edad. Su firma y rúbrica ya están cuajadas. Los años del Bachillerato transcurrieron como alumno del Colegio de San Agustín de Las Palmas, donde ya había estudiado su padre, obteniendo el correspondiente título en junio de 1909 con la calificación de Sobresaliente.

Las estrechas amistades de la familia con personalidades destacadas en el mundo de la cultura facilitaron su llegada a la península y, sobre todo, su incorporación a la Universidad Central de Madrid³, en donde cursó los estudios de licenciatura (1909-1913) y de doctorado (1916), obteniendo Premio

² En lo que respecta a su biografía y producción científica, remitimos a dos obras que abordan con rigor y abundancia de datos ambas cuestiones: José Antonio MOREIRO GONZÁLEZ, *Agustín Millares Carlo: el hombre y el sabio*, Las Palmas, Consejería de Cultura, 1989; y a la tesis doctoral de Milagros RONCO LÓPEZ, *Los documentalistas españoles: Nuevas contribuciones a la vida y la obra de Agustín Millares Carlo (1893-1980)*, Madrid, UCM, 2000.

³ Quizá intervino en tal elección don Marcelino Menéndez Pelayo.

Extraordinario en ambos grados. Fue discípulo de Menéndez Pidal y de Américo Castro, maestros que le inculcaron una rigurosa disciplina y metodología científica, en un momento en que se producía una magnífica eclosión de los estudios filológicos e históricos. No obstante, una persona muy determinante en su desarrollo profesional fue Enrique Sons y Castellví, latinista y helenista, quien le orientó hacia la adquisición de una sólida formación clásica. Esta preparación le valió, entre otras cosas, ganar la cátedra de Latín del Ateneo madrileño (1915). Asimismo, enseñó esta materia en la Residencia de Estudiantes y en la misma Facultad de Filosofía y Letras. Durante estos primeros años, en los que carecía de seguridad laboral en la docencia universitaria, desempeñó varios puestos de carácter interino, en los que impartía diversas materias. En 1921 opositó a una cátedra de Paleografía en la Universidad de Granada, plaza que ganó. Debido a ello permaneció en esa ciudad andaluza desde octubre de 1921 hasta marzo de 1923, fecha en que consigue una nueva plaza, la de Conservador del Archivo Municipal de Madrid.

Su traslado a este puesto significó fijar su residencia en la capital de España de manera definitiva y, asimismo, poder contraer matrimonio en 1923 con doña Paula Bravo Martínez, a quien conocía desde hacía ocho años. De esta unión nacieron cinco hijos. Desgraciadamente, la primogénita murió a los pocos meses de nacer.

En 1924 viaja a Buenos Aires por haber sido nombrado Director del Instituto de Filología. Durante un curso imparte Paleografía y Diplomática en la Universidad del Estado de Buenos Aires (Fig. 2). A partir de su regreso, se inicia un período de gran actividad intelectual en distintas instituciones. En su centro de destino realizó importantes innovaciones, procurando llevar a cabo una tarea de divulgación del material documental allí existente a través de la *Revista de la Biblioteca, Archivo y Museo municipales*. Durante esa etapa publicó diversos trabajos relacionados con la historia de Madrid. Finalmente, colma todas sus aspiraciones profesionales en 1926: la cátedra de Paleografía de la Universidad Central de Madrid queda vacante por jubilación del titular, don Juan Gualberto López Valdemoro, conde de las Navas, quien había ocupado este puesto desde 1912⁴. Con tal motivo oposita a dicha plaza y la consigue de manera brillante. Este éxito se tradujo en la

⁴ Los antecedentes de dicha cátedra se remontan a la Escuela Superior de Diplomática, fundada en 1856. A la supresión de esta institución (1900), las materias allí impartidas fueron traspasadas al ámbito de la Universidad Central de Madrid y sus profesores incorporados al escalafón de catedráticos de Universidad.

organización de dos Homenajes que se le rindieron en la ciudad de adopción y en la nativa respectivamente. La celebración madrileña en el Hotel Palace fue multitudinaria (Fig. 3). Participaron en el acto la propia Facultad, el Ateneo, el Centro de Estudios Históricos y el Archivo Municipal, esto es, las distintas instituciones en las que Millares Carlo trabajaba. El listado de los asistentes es muy significativo: allí se congregaron personalidades muy destacadas del ámbito cultural y político. Además se adhirieron Menéndez Pidal, Azaña, la Escuela Nueva, la Alianza Republicana y el Grupo de Acción Republicana.

Durante los diez años (1926-1936) en los que ejerció su magisterio en la Facultad de Filosofía y Letras desarrolló una intensa actividad en el campo de la docencia y de la investigación. Millares Carlo se encontraba en aquel entonces en una etapa de dinamismo vital por su edad y de madurez intelectual por todo el saber acumulado durante el período previo a la obtención de la cátedra. Si nos centramos en el trienio 1933-1936, esto es, a partir de la fecha en la que se inauguró la nueva sede en la Ciudad Universitaria, veremos que en cada uno de los cursos impartió tanto Latín medieval como Paleografía⁵. Al examinar los programas desarrollados, se comprueba que alternaba las clases teóricas⁶ con otras prácticas. Asimismo, completaba su horario lectivo con conferencias, seminarios y cursos monográficos, los cuales tenían lugar tres días por semana y, por lo general, a partir de las 4 de la tarde. Don Agustín dejó en sus alumnos una huella imborrable por su competencia profesional, dotes pedagógicas y capacidad de transmitir los conocimientos de forma atractiva y sugerente. Tal es la imagen que describen cuantos tuvieron la suerte de tenerle como maestro. Su obligada y temprana ausencia abortó la posibilidad de llevar a feliz término su proyecto inicial, tan ambicioso como necesario, de formar un equipo de especialistas dedicados al estudio de las fuentes manuscritas.

Al tiempo que ejercía una intensa labor docente, Millares Carlo se dedicaba a la investigación de manera ejemplar. Como ya se ha anticipado, sus contribuciones fueron numerosas, pero sólo mencionaremos las obras más

⁵ Bajo esta denominación también se entendía la Diplomática.

⁶ En cada año fueron estudiados períodos cronológicos y tipologías escriturarias y documentales diferentes, de tal manera que las enseñanzas eran muy especializadas y, por tanto, no respondían al mero concepto de introducción a las ciencias historiográficas.

significativas por razones de espacio⁷. En 1929 había visto la luz un libro suyo decisivo, la *Paleografía Española*⁸ (Fig. 4). Se trata de un trabajo en el que se traza la historia de la escritura a través de los distintos tipos de letras peninsulares, amén de otros aspectos colaterales, tales como un capítulo dedicado a las abreviaturas y un Apéndice consagrado a los principales cultivadores de la Paleografía en España. El embrión de este libro fue en su origen un conjunto de monografías independientes que, aglutinadas posteriormente, conformaron un cuerpo doctrinal unitario. El primer volumen ofrecía una visión panorámica de la producción hispana, tanto documental como libraria, que superaba con mucho los dos textos más utilizados por aquel entonces: el *Manual de Paleografía Diplomática Española* de Jesús Muñoz y Rivero⁹ y la *Paleografía Española* del jesuita Zacarías García Villada¹⁰. La obra se completaba con un segundo volumen que contenía 87 láminas con sus correspondientes transcripciones. El pequeño formato (18 cm), impuesto por la Colección de la Editorial Labor en la que se comercializó esta importante aportación, supuso un inconveniente desde el punto de vista práctico: los textos apenas resultaban legibles por su tamaño. Esta deficiencia fue subsanada tres años más tarde ya que en 1932 Victoriano Suárez publicaba en Madrid una segunda edición corregida y aumentada (Fig. 5). La exposición teórica del primer volumen fue ampliada en determinados capítulos y se añadieron tres más, junto con dos Apéndices nuevos. Las reproducciones facsimilares correspondientes al segundo volumen mejoraron en calidad al tratarse de una edición *in folio* (30 cm). Dicho *corpus* de ilustraciones fue incrementado asimismo hasta alcanzar las 131 unidades¹¹. Esta nueva versión, que cosechó unas críticas muy favorables por parte de la comunidad científica, fue galardonada con el Premio Fastenrath de la Academia Española de la Lengua. Un año antes había iniciado la edición de un proyecto de gran envergadura: recopilar toda la información existente sobre los manuscritos visigóticos. El volumen I fue costado por la propia Facul-

⁷ Su bibliografía personal es copiosísima. Un buen resumen de la misma, organizada con un criterio temático, se encuentra en José Antonio MOREIRO GONZÁLEZ, ob. cit., pp. 349-463.

⁸ *Paleografía Española. Ensayo de una historia de la escritura en España desde el siglo VIII al XVII*, Barcelona, Editorial Labor, 1929, 2 vols.

⁹ Madrid, Moreno y Rojas, 1880. Esta obra fue reimpresa en 1889 y 1917.

¹⁰ Madrid, Junta para la Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, 1923.

¹¹ *Tratado de Paleografía Española*, 2ª ed. corregida y aumentada, Madrid, Ediciones Villaiz-Librería General de Victoriano Suárez, 1932, 2 vols.

tad¹². Unos meses más tarde fue editado el *Fuero de Madrid* (1932) en el marco de las publicaciones del Archivo de Villa. Don Agustín realizó la transcripción paleográfica a partir de un manuscrito gótico del siglo XIII¹³. Estos trabajos constituían los primeros frutos de un plan global ideado por él con el propósito de conseguir una renovación completa de los estudios sobre las fuentes escritas hispanas, siguiendo una metodología rigurosa y científica, de acuerdo con los planteamientos más novedosos de otros colegas europeos. Desgraciadamente esta empresa, tan necesaria en nuestro país por la riqueza de su patrimonio gráfico, no pudo traspasar los límites del año 1936. A juzgar por las primicias, los resultados habrían podido ser excelentes.

Las diversas publicaciones que Millares Carlo había ido realizando en campos diversos (paleográfico, diplomático, archivístico, bibliográfico, histórico, filológico, literario, etc.) le valieron su elección como miembro numerario de la Real Academia de la Historia, cuando apenas había cumplido los cuarenta años. Ingresó el 17 de febrero de 1934 y su discurso de recepción versó sobre un tema que le fascinaba y al que volvió en más de una ocasión: la producción manuscrita en letra visigótica¹⁴. La contestación corrió a cargo de su amigo y valedor Claudio Sánchez Albornoz. La labor del flamante académico en esta corporación fue escasa ya que desde la fecha de su nombramiento hasta su exilio tan sólo mediaron dos años.

La intensa actividad desarrollada en su doble vertiente docente e investigadora se completó con su colaboración en otras instituciones muy prestigiosas y significadas políticamente. Participó en las tareas de la Junta de Ampliación de Estudios, la Institución Libre de Enseñanza, el Centro de Estudios Históricos, el Ateneo de Madrid y la Residencia de Estudiantes, puesto que compartía plenamente los ideales de los intelectuales más progresistas del momento. Sin duda alguna, su adscripción ideológica a la corriente de pensamiento de la izquierda liberal tenía sus raíces en el ámbito familiar en el que se educó y al que permaneció fiel a lo largo de toda su vida, como demuestra la abundante correspondencia cursada con sus allegados, pero sobre todo influyeron en él la experiencia adquirida en el trato con determina-

¹² *Contribución al "Corpus" de códices visigóticos*, Madrid, Publicaciones de la Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Madrid, 1931.

¹³ *Fuero de Madrid*, Madrid, Artes Gráficas Municipales, 1932. Esta edición se completa con un estudio jurídico de Galo Sánchez y otro filológico de Rafael Lapeña.

¹⁴ "Los códices visigóticos de la Catedral toledana. Cuestiones cronológicas y de procedencia". Discurso de recepción en la Real Academia de la Historia, Madrid, Imprenta Ignacio Noreña, 1935.

dos profesionales de la Facultad madrileña y su amistad con personajes tan caracterizados como Manuel Azaña, Ramón Menéndez Pidal y Pedro Salinas, por citar unos nombres señeros en una generación que podríamos calificar de prodigiosa. Tales vivencias cimentaron sus convicciones políticas. De ahí derivó la necesidad de manifestar su compromiso con la sociedad como intelectual militante. Esta actitud queda testimoniada en sus artículos publicados en la prensa diaria. Baste con recordar aquí sus colaboraciones en el periódico “El Sol”. Conviene aclarar que, a pesar de su prestigio, no sucumbió a las tentaciones del poder, pues rechazó las ofertas que se le hicieron en tal sentido.

A partir del año 1935 se inicia un período fatídico en la vida de don Agustín. En ese año muere su padre, hecho que él calificará como: “la mayor amargura de mi vida”.

Al año siguiente, abandona la cátedra de Paleografía de la Universidad Central, al ser separado del Cuerpo en el que prestaba sus servicios. En los meses finales de 1936 se traslada con su familia a Hendaya. Hasta abril de 1937 continuó investigando en París en uno de sus temas preferidos, el *Corpus* de códices visigóticos. Las penalidades de este período acabaron con las débiles fuerzas de su esposa, quien muere en Hendaya el 4 de julio de 1938. Dadas sus circunstancias personales, don Juan Negrín consideró lo más conveniente para Millares nombrarle vicecónsul en Méjico. Se incorporó a este puesto en compañía de sus hijos y cuñada. Al finalizar la Guerra civil, se produce el destierro definitivo. Desde esa fecha será profesor de Latín y de Paleografía en la Universidad Nacional Autónoma de la capital federal.

En cierta ocasión, don Agustín, cuando ya era de edad avanzada, manifestó: “Yo no soy sino un viejo profesor de latín”¹⁵. Semejante confesión indica la clara conciencia que él tenía de su oficio pues, en efecto, el dominio de ese medio de expresión fue la causa fundamental de la mayoría de sus logros científicos. Ciertamente, su formación clásica fue el sustrato que le permitió abordar una vasta área de conocimientos que comprendía diversas ramas de las Humanidades. Ignorar el carácter polifacético de sus contribuciones supondría empobrecer su figura y limitar su producción al marco estrecho de una especialidad. Sin olvidar que su destreza en el manejo de la lengua de Cicerón fue también un sólido apoyo a la hora de afrontar las duras condiciones laborales impuestas por el exilio. Prueba de ello es su *Introducción al estudio de la lengua latina. Gramática, antología y Vocabula-*

¹⁵ Lino VAZ ARAUJO, *Agustín Millares Carlo. Testimonios para una biobibliografía*, Maracaibo, Dirección de Cultura de la Universidad del Zulia, 1968, p. 32.

rio¹⁶. El hecho de no poder trabajar directamente con fuentes medievales en la tierra de adopción le obligó a orientar sus investigaciones hacia otros campos, tales como el estudio de la imprenta, la documentación moderna, las ediciones y traducciones de textos diversos, etc.

En 1952 regresa a España por primera vez tras el exilio. La estancia no le resulta favorable para sus intereses y decide volver de nuevo a Méjico. Seis años más tarde retorna por segunda vez y permanece en la Península por algún tiempo. En 1960 es nombrado Profesor de la Universidad del Zulia (Venezuela), donde impartirá docencia hasta 1963. Finalmente al cumplir la edad reglamentaria de los setenta años, consigue la reposición en su cátedra de la Universidad de Madrid y su jubilación. En 1969 se le detecta un carcinoma en el pulmón. A pesar de estar gravemente enfermo, publicará libros que aún siguen siendo válidos: la *Introducción a la historia del libro y de las bibliotecas*¹⁷ (Fig. 6), *El diploma del rey Silo*¹⁸ y las *Consideraciones sobre la escritura visigótica cursiva*¹⁹ (Fig. 7). Don Agustín muere el 8 de febrero de 1980 en Las Palmas, tierra a la que siempre añoró.

En definitiva, Millares Carlo, desde su acceso a la cátedra de Paleografía de la Universidad Central, realizó una tarea impagable por su quehacer profesional, brillante ejecutoria y calidad humana. Su salida hacia el exilio y la consiguiente separación del Cuerpo, al que perteneció con tanta dignidad y mérito, supuso un drama personal, pero también colectivo, porque esa Casa perdió a un hijo ilustre. Y el tren que él encarnaba nunca llegó al destino que le habría correspondido.

¹⁶ México: Ed. Delfín, 1944. La enseñanza del latín, la publicación de libros de texto para iniciarse en su conocimiento y la traducción de autores que se sirvieron de este vehículo de comunicación fueron recursos que le permitieron vivir ocasionalmente con más desahogo al otro lado del Atlántico.

¹⁷ México: Fondo de Cultura Económica, 1971.

¹⁸ Madrid: Joyas Bibliográficas, 1971.

¹⁹ León: Centro de Estudios e Investigaciones "San Isidoro", 1973.

ILUSTRACIONES

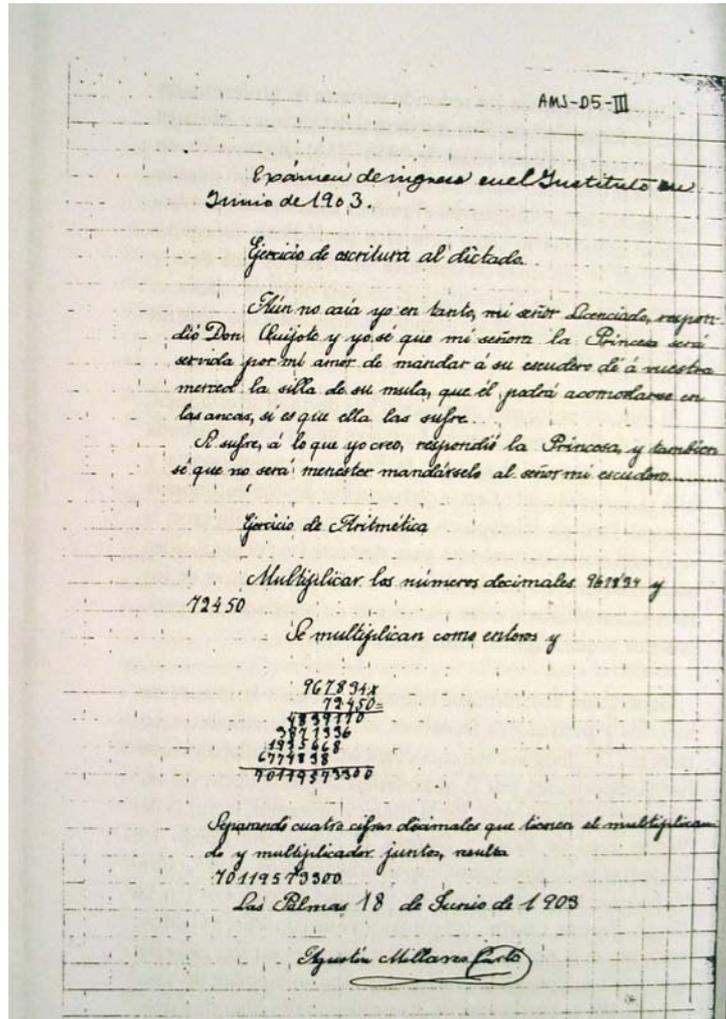


Fig. 1. Ejercicio de ingreso al Bachillerato. Las Palmas, 18 de junio de 1903.

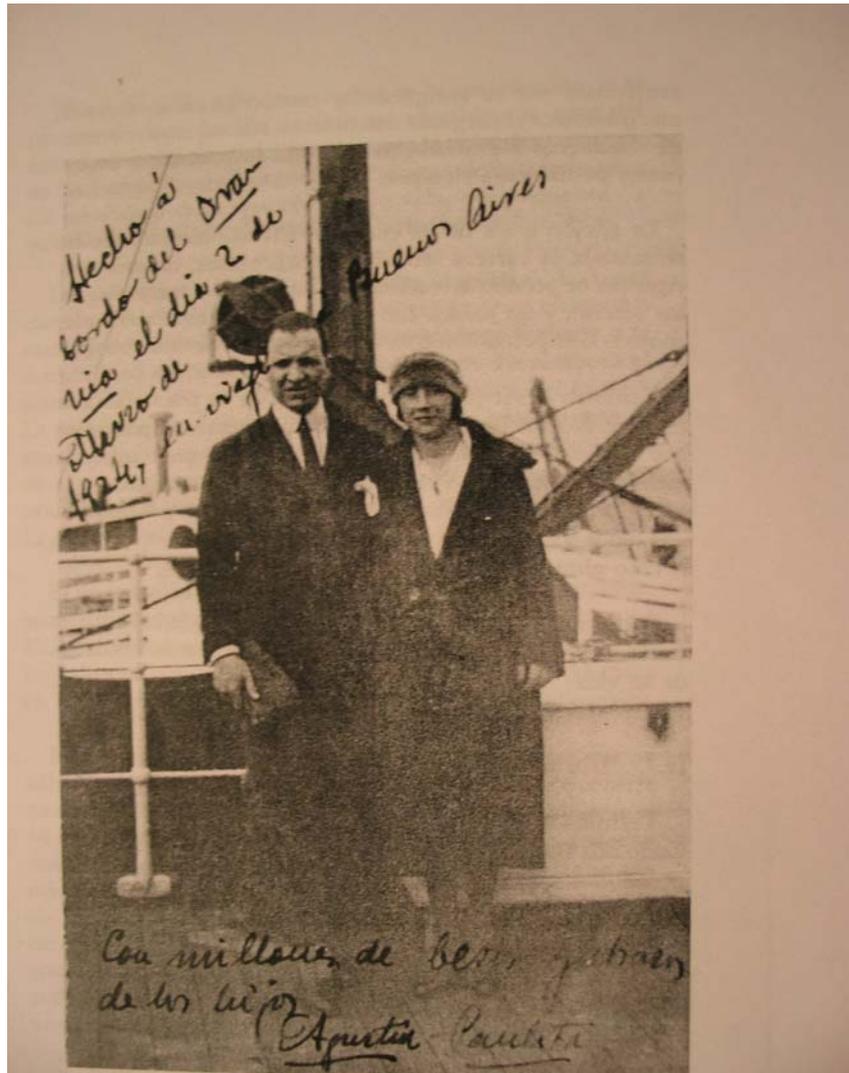


Fig. 2. Don Agustín y su esposa en el barco que les lleva a Buenos Aires (1924).



Fig. 3. Homenaje celebrado en el Hotel Palace por la obtención de la cátedra de Paleografía y Diplomática de la Universidad Central (Madrid). Fotografía publicada por la revista *Blanco y Negro*, el 4 de julio de 1926.

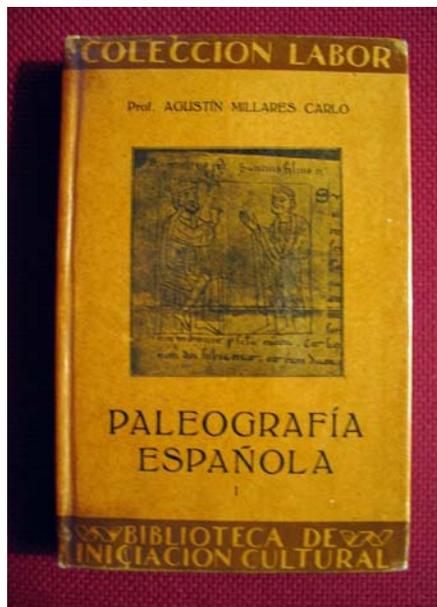


Fig. 4. *Paleografía Española. Ensayo de una historia de la escritura en España desde el siglo VIII al XVII*, Barcelona: Editorial Labor, 1929. Cubierta del volumen I.

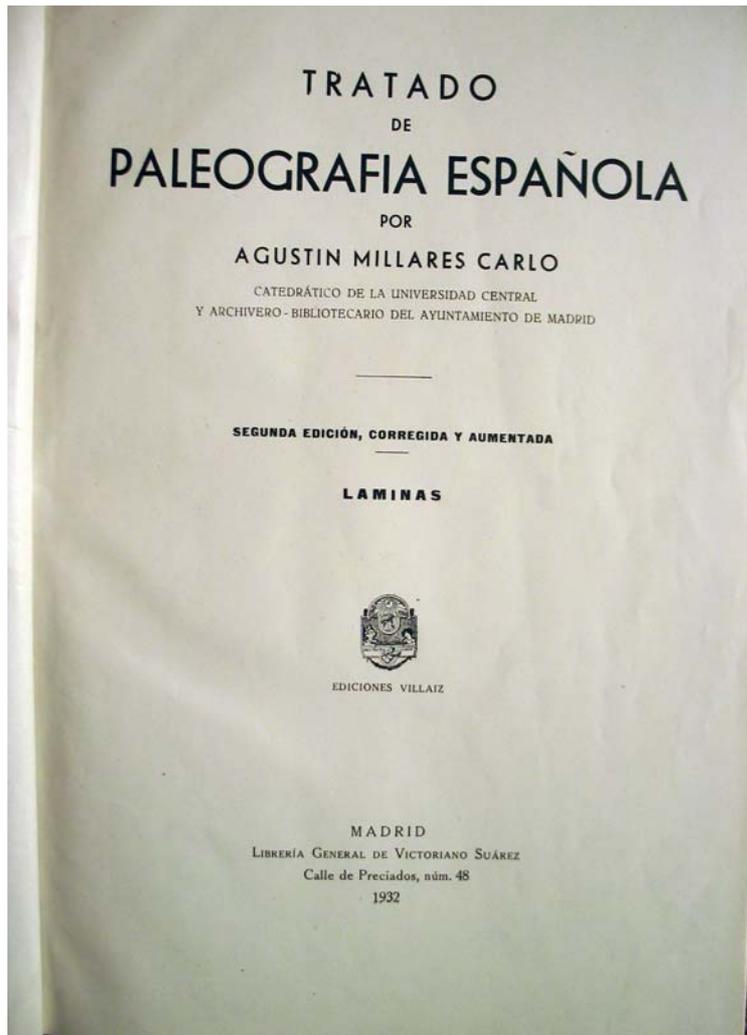


Fig. 5. *Tratado de Paleografía Española*, 2ª ed. corregida y aumentada, Madrid: Ediciones Villaiz-Librería General de Victoriano Suárez, 1932. Portada del volumen II.

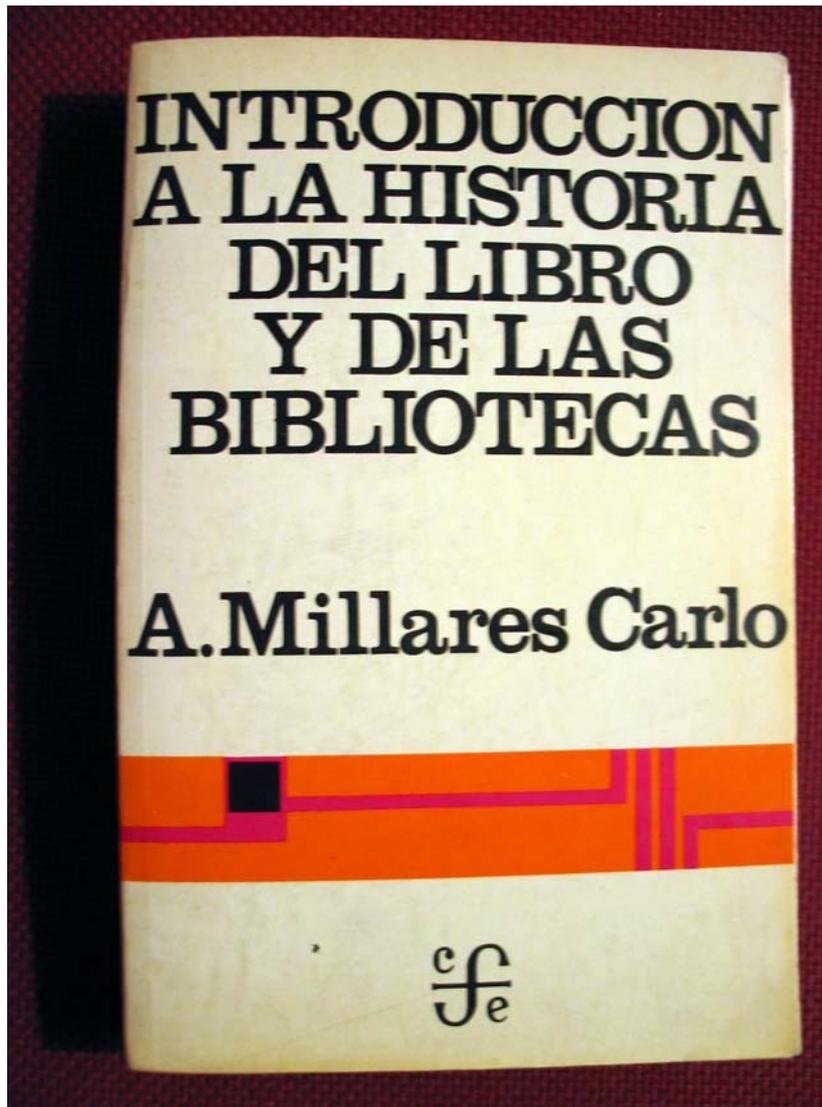


Fig. 6. *Introducción a la historia del libro y de las bibliotecas*, México: Fondo de Cultura Económica, 1971.

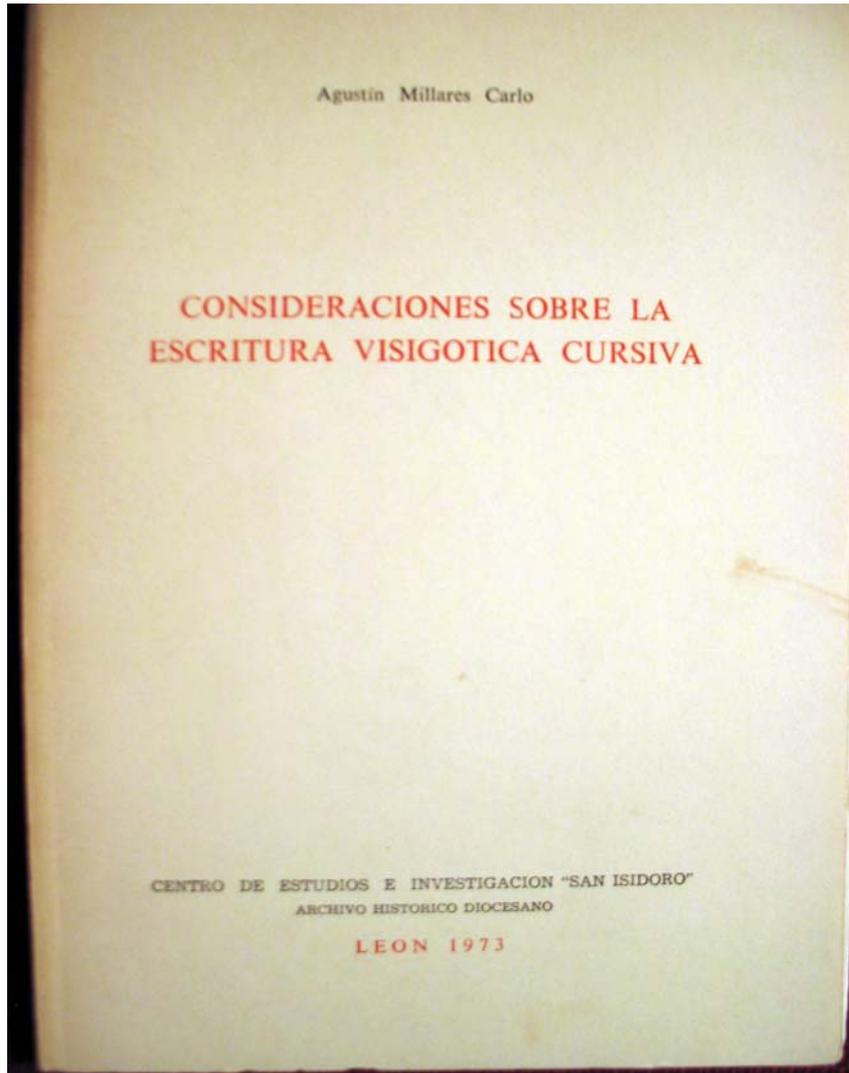


Fig. 7. *Consideraciones sobre la escritura visigótica cursiva*, León: Centro de Estudios e Investigaciones "San Isidoro", 1973.